

Jorge Franco

"Donde se cuenta cómo me encontré con Don Quijote de la Mancha en Medellín, cuando la ciudad se llenó de gigantes inventados."

Ed. Planeta  
Bogotá, 2005.

**L**a tuerca ya no era tuerca sino lo que mi abuelo hizo de ella. Mi abuelo hacía figuras con chatarra, con tuercas y tornillos, con restos de alambre, bisagras, resortes oxidados o lo que su mente creadora considerara aprovechable para armar la figura que estuviera dándole vueltas en la cabeza. Cualquier objeto le servía y mientras más extraño y disforme fuera, mucho mejor. Cuando yo era niño y caminaba junto a mi abuelo nos

JORGE FRANCO

deteníamos con frecuencia porque él se quedaba mirando algo en el suelo, un pedazo abandonado de cualquier cosa, y él, picado por la curiosidad, se agachaba a recogerlo, lo miraba, lo estudiaba, a veces decía «esto puede funcionar como pierna», lo soplabá fuerte para bajarle la mugre, se lo echaba al bolsillo y seguíamos caminando por las calles de un Medellín que no se parecía al de ahora.

Yo esculcaba el cajón donde mi abuelo guardaba las cosas encontradas, tan ajenas a mí que no podía darles nombre. Sólo después de un tiempo, cuando él ya había incorporado la pieza rara a la escultura, cobraba sentido lo que antes no sabía qué era, mi abuelo lo había convertido en un pie, en una

EL QUIJOTE EN MEDELLÍN

boca, en la farola de un carro, en la cola de un caballo o en el pétalo de una flor.

Los chécheres que recogía alguna vez tuvieron nombre y otros usos, y fueron parte de un todo, pero cuando mi abuelo los tomaba en la mano ya eran lo que él pensaba hacer con ellos. Así me dijo un día de un piñón todavía engrasado «ésta es una corona de espinas», y días después me mostró a su Cristo hecho de clavos y arandelas, atornillado a una cruceta vieja para desvarar llantas y coronado por el piñón, tan real que la grasa que mi abuelo había dejado a propósito parecía sangre seca, la misma sangre histórica del muerto que nos endosan después de dos mil años.

En otro momento que quisiera recordar con más claridad, aunque me ayudó de la imaginación para retocarlo, está mi abuelo trabajando una figura que parecía casi terminada. Lo encontré ajustando alambres, ganchos y garfios, levantando el armazón de un humano, sin nada de relleno. Como sostenido en el puro esqueleto se erguía un hombre de figura larga que sin tener una cara definida ya tenía semblante de viejo triste. Mi abuelo le había puesto barba puntiaguda y bigotes con esponjilla metálica, y cejas gruesas que parecían dos gusanos de acero. La figura frágil se apoyaba en una lanza y en la otra mano le hacía contrapeso una tapa de hierro, el abuelo dijo «ése es el escudo». Dio un par

JORGE FRANCO

con cara de despistado, él dijo «éste es don Quijote». Quedé en las mismas y le insistí «¿y ése quién es?», y más aterrado todavía, el abuelo me explicó «pues éste es, nada más y nada menos, que el valeroso caballero don Quijote de la Mancha».

Pude haber seguido con mi lista de preguntas, «¿por qué valeroso?», «¿dónde tiene la mancha?», «¿por qué es casi tan flaco como su lanza?», pero preferí ayudarlo a escarbar en su cajón. Le pregunté «¿qué estás buscando?», él me dijo «algo que me sirva de bacía», «¿de qué?», pregunté, el abuelo dijo «el sombrero, don Quijote se ponía una bacía de sombrero», y me ex-

de pasos hacia atrás para ver su obra de lejos, inclinó la cabeza a un lado y luego al otro para buscar algo nuevo en cada ángulo, dijo «le falta la bacía en la cabeza, como la que confundió con el yelmo de Mambrino».

Se me pierde en el olvido mi reacción a las palabras inexplicables del abuelo, ¿qué podría estar diciéndome?, a lo mejor pensé que el abuelo ya comenzaba a enredarse, o tal vez no pensé nada y solamente le habré preguntado, señalando la escultura, «¿y quién es ése?», y él me habrá mirado sorprendido, «cómo así, ¿no sabés quién es éste?», se extrañaba de que no me hubieran hablado de él en el colegio, de que yo no lo hubiera oído mencionar antes, y como yo seguía

EL QUIJOTE EN MEDELLÍN

tal usada por los barberos de antes para remojar la barba, poco honda, muy ancha y con una hendidura semicircular adaptable al cuello. Por mi expresión supo que yo no había entendido nada y me dijo «es como una bacinilla que se pone aquí», se tocó la quijada y añadió «para afeitar la barba», y yo me reí de sólo pensar que alguien pudiera llevar una bacinilla por sombrero. Hubiera pensado que eran inventos del abuelo, uno más de los personajes y las historias que se ingeniaba para aferrarnos a un mundo que en pocos años desaparecería para nosotros, el mundo de la fantasía, al que creí que pertenecía don Quijote de la Mancha, y

me hiciera adulto iba a entender lo probable que era terminar con una bacinilla en la cabeza y bañado en mis propios excrementos.

Yo crecía mientras el abuelo continuaba buscando entre los arrumes de chatarra la pieza que le sirviera de bacía a la figura inconclusa de don Quijote. No quería recortarla de un latón para hacérsela a la medida, quería encontrarla del tamaño y la forma precisa, sin que él tuviera que intervenir para modificarla, decía «si don Quijote vio en un cacharro su sombrero, yo tengo que encontrarlo en las ruinas de cualquier máquina». Se metía en los talleres a buscar entre los desperdicios, les describía a los mecánicos la parte que estaba buscando, insistía

ta iba llena de cachivaches y el abuelo salió de la casa corriendo para alcanzarla, llamó a gritos al carretero, lo siguió al trote hasta que el hombre entendió que era a él a quien mi abuelo buscaba. El hombre miró el dibujo de la bacía que había pintado el abuelo, vista desde varios ángulos, el abuelo le aclaró «y tiene que ser de este mismo tamaño», el hombre le preguntó «¿y para qué la necesita?», el abuelo le respondió «para ponérsela de sombrero a don Quijote de la Mancha», el hombre dijo desde la carreta «ah, entonces puede ser un poco más grande», mi abuelo negó, dijo «no, no, no puede quedarle grande», el chatarrero dijo «sí puede. Acuérdense de la risa de Sancho cuando don Quijote se

«tiene que tener una muesca como la de una medialuna», caminaba atento a lo que estuviera botado en una acera, me decía «si de pronto ves algo así en tu colegio», y yo le aclaraba «ya no estoy en el colegio, abuelo, ya entré a la universidad», me decía «pues bueno, en la universidad», se quedaba pensando y decía «podrías preguntarles a los de ingeniería mecánica...», se quedaba pensando, sacudía la cabeza y decía «algún día aparece, a toda figura le llega la pieza que le falta».

Una mañana el abuelo se asomó a la ventana y vio pasar por la calle a un chatarrero que iba en una carreta tirada por un caballo tan andrajoso y flaco como el mismo hombre que lo arreaba, la carreta

puso en la cabeza la vasija que dejó el barbero por huir a la carrera, le quedaba grande y don Quijote pensó que el dueño debió de ser alguien con una cabeza enorme». El abuelo se quedó mudo cuando oyó a aquel hombre harapiento hablar con propiedad de un tema que todo el mundo menciona pero pocos conocen, los pormenores del Quijote, y más perplejo quedó cuando el hombre se dio vuelta para mirar la carga que llevaba y dejó ver que le faltaba una pierna.

«La derecha», me contó el abuelo, «le falta de la mitad del muslo hacia abajo», le pregunté «¿camina en muletas?», el abuelo me dijo «sólo en una; tuvo que vender la otra en un apuro». Me contó que el hombre se llamaba Néstor, que ha-

...a sido soldado, que todavía era joven y que perdió la pierna con una mina quiebrapatas que sembró algún desalmado. El abuelo me dijo «Néstor me invitó a subirme con él en la carreta para que buscara entre sus cacharos mientras él terminaba el recorrido», le pregunté «¿te subiste?», él me dijo «claro, pero no para buscar la piecita sino porque me intrigó su conocimiento del Quijote». Contó el abuelo que mientras esculcaba entre las latas y los hierros iba preguntándole a Néstor cosas de su vida, que Néstor le dijo «cuando perdí la pierna quedé muy deprimido, creí que todo había terminado y en un ataque de rabia pedí que me llevaran el Quijote», el abuelo preguntó «¿por rabia?», «sí, por rabia», dijo

Néstor y agregó «yo también caí en la trampa, como don Quijote». El caballo no quería seguir carreteando y Néstor lo chifló para animarlo, el animal obedeció y Néstor le dijo al abuelo «el mundo de afuera es una trampa, señor», el abuelo le dijo «Benjamín», y Néstor le dijo «es una trampa, Benjamín, que se renueva a diario para que nadie se salve de caer».

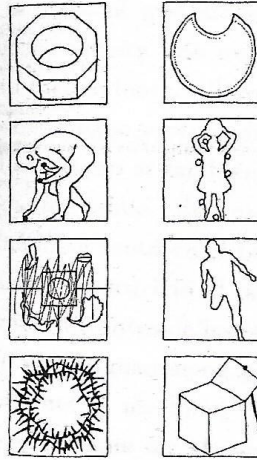
Luego supe que el abuelo había vuelto a encontrarse con Néstor, dos días después, y que esa vez también se subió a la carreta y lo acompañó en el recorrido. El abuelo seguía sin encontrarle un casco a don Quijote, y con esa excusa salió otra vez a acompañar al chatarrero. De esa vez el abuelo no contó mucho, solamente dijo «Néstor

vive en un tugurio», al rato volvió a decir «se sabe de memoria partes del Quijote y vive en un tugurio», y antes de irse a dormir, dijo, casi para sí mismo, «le entregó su pierna a este país y vive en un tugurio». Por cambiarle el tema le pregunté «¿y la bacía, abuelo?», me respondió «algún día aparece», como si ya no le importara. A la semana siguiente volvió a pasar Néstor y el abuelo se trepó a la carreta, esa vez sin excusas. Yo lo vi subir y vi cuando saludó a Néstor de mano.

Por esos días yo andaba con ganas de enamorarme por primera vez, de enamorarme en serio, no sabía de quién pero estaba muerto de ganas. Sin embargo, la situación no era propicia como para buscar amores. Medellín, mi ciudad, esta-

ba enloqueciendo, había caído seducida por una alucinación, todos caímos confundidos por el espejismo del dinero, de la droga y el poder, y cuando aparecieron los síntomas de la demencia ya era muy poco lo que podíamos hacer por nosotros mismos. Yo le pregunté al abuelo «¿qué es lo que está pasando?», él se estaba alistando para salir de correría con Néstor, y mientras se acomodaba una cachucha a cuadros para proteger su calva del sol, me dijo «lo que te voy a contar me lo dijo Néstor, porque yo también le pregunté qué estaba pasando, él ha estado en la guerra y sabe más de estas cosas». Todos en Medellín nos preguntábamos lo mismo «¿qué está pasando?», pero solamente unos pocos se atrevían

responder y los que lo hacían no atinaban con una respuesta que convenciera. «Que nosotros», había dicho Néstor, «todos nosotros habíamos inventado los gigantes para presumir de grandes, y que llevamos adentro un gigante falso para negar que en verdad todos somos enanos», yo le dije «Néstor tiene más de loco que de enano», y al abuelo no le gustó mi comentario, le molestaba que últimamente nos hubiéramos vuelto muy prevenidos con Néstor, no nos parecía muy sensato que el abuelo anduviera por toda la ciudad encaramado en una carreta destartada, acompañado de un desconocido que deliraba, aguantando las inclemencias del tiempo en una Medellín donde además de agua llovía



metralla. Pero no había nada qué hacer, cada vez que el abuelo oía los cascos del caballo y el chirriar de la carreta acercándose a la casa, abría los ojos emocionado, se calaba la cachucha, se aperaba de una ruana y salía sin despedirse, sordo a cualquier advertencia, como un niño atraído por la calle.

Yo también andaba en esos días muy entusiasmado con mis primeras salidas nocturnas, no hacía mucho había cumplido dieciocho años y ya tenía permiso para salir hasta pasada la medianoche. Aquel fin de semana, el 23 de junio para ser más exactos, fui a conocer un sitio que quedaba en las afueras de Medellín, se llamaba Oporto y era el bar de moda. Fuimos cinco amigos, dos de ellos acompañados de sus

novias, los tres que fuimos solos estábamos todavía en la búsqueda, y por andar de exploradores salimos para otro bar como a las once, con la ilusión de tener más suerte, y la tuvimos, porque los otros dos amigos que se quedaron en Oporto se quedaron para siempre. Ellos se quedaron con la muerte y nosotros nos fuimos a otro lado a buscar novias, y como tampoco las encontramos esa noche, volví vencido a mi casa con la esperanza puesta en el fin de semana siguiente. Cuando llegué encontré a toda la familia despierta, sentados en la sala, en pijama y hechos un nudo, todos con la expresión descompuesta, todos menos yo conocían la noticia, ya habían tenido tiempo de llorarla, de llorarme, porque sabían que

o podía estar entre los diecinueve acribillados, y porque tuvieron tiempo de darme por muerto fue que me recibieron como a un resucitado. No sabían que las ganas de enamorarme fueron las que me salvaron. O fue la suerte de no haberme enamorado hasta ese día.

Todo ocurrió rápido y contundente, con la misma eficiencia que ha vuelto tan prestigiosa a la muerte en todos sus trabajos. Luego de que salimos de Oporto llegaron allá varios encapuchados, armados como para una guerra. Separaron a las mujeres de los hombres, hombres y mujeres que apenas rondaban los veinte años, a ellos los obligaron a tirarse al piso, uno al lado del otro y mirando boca abajo, y uno a uno les fueron pegando un

últimas palabras. Yo sólo trataba de pescar respuestas para las preguntas que me mortificaban: ¿por qué?, ¿quién lo hizo?, ¿qué sintieron los que dispararon y los que recibieron los balazos?, ¿qué papel juega Dios en todo esto?, ¿qué papel juego yo en todo esto? La mañana me agarró despierto, sentado junto a la ventana, viendo cómo madrugaba la ciudad en su rutina, un poco más triste y con otra lista más de muertos. Esa mañana los cascos y la carreta sonaron más temprano que de costumbre, y yo desde arriba vi salir al abuelo con un pequeño maletín de mano, se subió junto a Néstor y antes de arrancar miró hacia mi ventana, alzó la mano y yo levanté la mía. Luego los vi alejarse poco a poco

tiro por la espalda sin importarle los gritos ni los ruegos, ni que fueran casi niños los que clamaban por la vida, ni que murieran sin merecer siquiera una explicación por su fusilamiento. Allí quedaron mis dos amigos y otros diecisiete que lloré como si también fueran amigos del alma. Ese amanecer mi abuelo se sentó en el borde de mi cama, me acarició el pelo, lloró conmigo y antes de irse me dijo «yo no voy a aguantarme que todo pase al revés», me tomó la mano y dijo «tiene que ser al contrario: los jóvenes tienen que enterrar a los viejos, y yo no voy a aguantarme que a alguno de ustedes lo entierren antes que a mí». Lo dijo con rabia y decepción, y con la determinación que uno usa para sus

en actitud templaria de caballero y escudero, unidos por alguna causa venerable pero imposible.

El abuelo no volvió a la casa. Lo esperamos esa noche y los muchísimos días siguientes. Lo reportamos perdido en la policía, repartimos volantes con su retrato, imaginamos las correrías del chatarrero para buscarlo, preguntamos, rezamos, ofrecimos recompensas pero Medellín ardía y la gente sólo tenía cabeza para pensar en cómo salvarse del incendio. Para ponerlo en palabras de Néstor, diría que el gigante que inventamos se nos salió de las manos y se convirtió en nuestro enemigo, y todos buscábamos la mejor manera de no quedar aplastados. Una explosión diferente nos sacudía los huesos y

los arrinconaba, casi a diario. Sin embargo, a mí la mayor tristeza me la daba la ausencia del abuelo. Todos los días entraba al cuartico donde él hizo sus esculturas de hierro gastado; ahí seguía firme el Quijote lánguido esperando su casco, como si fuera lo único que le faltara para salir a darle batalla al gigante enloquecido. Junto al Quijote de chatarra encontré su antecedente, el libro *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en una edición ajada y llena de marcas entre las páginas, papelitos con los que el abuelo señaló los fragmentos favoritos, seguramente los que lo inspiraron para sacar, a su manera, a don Quijote de las páginas que lo contaban. Me llevé el libro y lo puse en mi mesa de noche, esa

vez no iba a leerlo, pensé en dejarlo para las vacaciones, pero sí quería ver qué era lo que le había llamado la atención al abuelo en el libro, y cuando pude comencé a hojearlo, marca por marca.

Pasé varias noches leyendo párrafos y frases sueltas, buscando, en el fondo, una pista que me ayudara a encontrar al abuelo y traerlo a casa. Así, a trozos, me hice una idea fragmentada del mundo de los anhelos, de los héroes distorsionados, de las causas fabulosas, de los malvados encantadores que mudan nuestras cosas y las truecan, y cada noche, al final, luego de cerrar el libro, me preguntaba en mis desvelos si fue alguna de esas páginas la que obsesionó al abuelo con irse a recorrer el mundo al lado de

un carretero menesteroso, o si fue la misma Medellín la que lo metió en las páginas para aislarlo de la violencia que lo asfixiaba, o si simplemente huyó..., preguntas y dudas que quedaban rondando en mi cabeza hasta la noche siguiente en que le robaba tiempo al sueño para tratar de entender por qué el abuelo se fue y no quería regresar.

Aplastada por el peso de las hojas, como a mitad de camino en mi lectura desordenada, me encontré media servilleta blanca en la que el abuelo había escrito de puño y letra «¿es La Verdad lo que veo?». Busqué la frase en alguna parte del texto de esas dos páginas que guardaba la servilleta pero no la encontré. A partir de entonces la pregunta quedó grabada en mi ca-

beza, como parte de una duda que acompaña siempre mi existencia.

La desazón que produce un desaparecido es peor, o sólo comparable, con la de alguien que muere por culpa de la violencia. A mí me agobiaba entonces una desazón doble: un abuelo perdido y dos amigos muertos a punta de bala. Y la amenaza permanente de ser yo, o alguien querido, la próxima víctima de la ruleta rusa en que se había convertido Medellín. Pero con el miedo adentro me tocó seguir creciendo, hasta hacerme a la idea de que el miedo es el mayor responsable de todas nuestras decisiones.

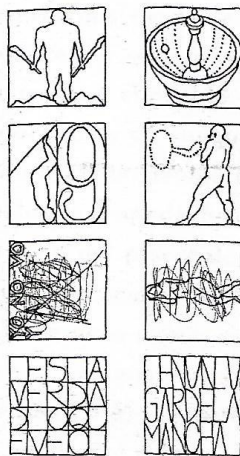
También, sin buscarlo, llegó el amor. Al igual que la muerte

y el miedo, llegó sin avisar. Se llamaba Victoria y llegó para enseñarme que la felicidad también era un camino posible. Después de estar juntos no creía que podía haber un mundo, otro tipo de vida, por fuera del amor. Los dos habíamos entrado al amor sin saber nada y creímos que podíamos vivir sólo de querernos, y que seguiríamos intactos por los años de los años.

En alguna noche, cuando pude dejar de pensar unos minutos en ella, tomé de nuevo el Quijote, que olía a cajón cerrado por mucho tiempo, lo abrí en otra marca que había dejado el abuelo, pasé varias páginas y de una de ellas se desprendió un papelito que cayó sobre mi pecho. Tenía algo escrito en

letra mínima, la letra de mi abuelo que ya conocía, y decía «para mi nieto, para cuando se enamore y se arranque el corazón». Miré por el otro lado a ver si la frase seguía pero no había nada más. Miré las páginas que él había marcado con ese papel, y me apuré a leerlas saltándome los renglones, tratando de encontrar en las palabras sueltas el obsequio que me hacía el abuelo. Sin entender muy bien de qué se trataba el asunto, entendí que un hombre le arrancó el corazón a otro para llevárselo como regalo a la amada del que había muerto. Yo no sabía de dónde venía la historia ni para dónde iba, pero la sola idea logró sobrecogerme: arrancarse el corazón y dejárselo a quien uno ama.

Cumplimos un año sin el abuelo. Un año entero en el que lo buscamos hasta en los basureros. Yo vi su foto en la televisión, oí su nombre en el radio donde hablaban de un venerable anciano extraviado, vi su retrato pegado en los hospitales, cada vez que aparecía un viejo muerto nos llamaban de la morgue, «tampoco era», decía mamá, desfalleciendo, cuando regresaba de identificar el cadáver ajeno. «Tampoco era», cuando alguien lo confundía con otro viejo y nosotros salíamos en carrera para verificarlo. Mamá pasó del desasosiego a la rabia. Una tarde la encontré guardando en una caja de cartón todas las pertenencias del abuelo, echaba lo que él había dejado de ropa y de chécheres, yo le



«je «no se te ocurra tocar sus esculturas», ella me dijo «solamente voy a llevarme la ropa y lo que no sirve, que le puede servir a alguien más, a alguien más considerado que él», lo dijo casi llorando y yo me acerqué sin saber cómo manejar su queja. Miré varias camisas dobladas dentro de la caja, y en un borde vi algo que brillaba, me acullé y le pregunté «¿esto qué es?», ella miró de reojo y dijo «ah, eso estaba ahí en el armario», yo busqué el brillo con la mano y saqué una pieza desconocida como todas las que coleccionaba el abuelo, pero ésta era igual a la que él había estado buscando para ponérsela a don Quijote de sombrero. Quedé pasmado, le pregunté a mamá «¿esto estaba ahí?», ella miró otra

que había dejado en el libro, y encontrarme con una bella lección que daba don Quijote sobre la caballería, y de esa lección el abuelo había subrayado con firmeza donde don Quijote le respondía a Sancho sobre su propuesta para dejar de recorrer caminos solitarios en los que nadie se enteraba de las hazañas. Decía don Quijote «[...] antes que se llegue a ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras [...], y seguía hablando de las recompensas y de la satisfacción que se obtiene cuando uno se la juega a fondo y bien en la vida.

• En mi primer viaje con Victoria nos fuimos solos a un pueblo cercano a pasar la noche. Fuimos

vez la pieza y dijo «sí, estaba detrás de las camisas». Corrí a buscar la escultura y temblando se la puse a don Quijote en la cabeza: le encajó perfectamente, y se le veía tan proporcionada que parecía que el abuelo hubiera comenzado la construcción de la escultura por el sombrero. Era la bacía de don Quijote.

El hallazgo me dejó pensativo mucho tiempo hasta que sólo me quedaron dos opciones para explicar la existencia de aquella bacía: el abuelo alguna vez la encontró, la tuvo en consideración, decidió conservarla y luego olvidó que la había guardado, o el abuelo la escondió para poder seguir buscando. Yo opté por la segunda, sobre todo, luego de repasar las marcas

a buscar el clima caliente que es el único que le sienta bien a los cuerpos. Nos instalamos en un hotelito barato que quedaba en la plaza, y por encerrarnos desde temprano para conocer el sexo nos quedamos sin conocer el pueblo. Ella se quedó dormida y yo me quedé gozando de esos momentos nuevos: una muchacha desnuda durmiendo a mi lado. Y del placer de mirarla y, luego, del sueño, me sacaron el sonido de unos cascos de caballo sobre el pavimento y chirrido de unas ruedas. Me levanté de un brinco, me asomé a la ventana, y abajo, en la plaza vacía y como puestos por algún encantador, cruzaron Néstor y el abuelo en la carreta llena de hierros carcomidos. Vi a mi abuelo despistado buscan-

do de dónde lo llamaban, y cuando me ubicó le hizo una seña urgente a Néstor para que parara la carreta. El abuelo y yo nos quedamos mirándonos, él abajo y yo arriba, igual que la última vez que nos despedimos, los dos con la respiración interrumpida, quietos y callados hasta que al fin pude alzar la voz y decirle «encontré el casco de don Quijote, abuelo. Estaba en tu armario». El abuelo soltó una carcajada tan fuerte que asustó al caballo y la carreta comenzó a andar. Victoria se paró junto a mí envuelta en una sábana. El abuelo me sonrió mientras se iba alejando despacio. Con mis manos yo hice como si me arrancara el corazón y se lo lanzara. Él hizo como si lo hubiera recibido, y después hizo como si se

arrancara el suyo y lo lanzara a mi ventana. Luego de intercambiar corazones, el abuelo le dijo algo a Néstor y apuraron el paso. Yo me quedé mirándolos hasta que se los tragó una esquina.

Al otro día volví a mi casa con un secreto más. Y con un recuerdo que me tranquilizaba. Me fui a la cama y tomé el libro, pero esa vez no lo abrí en ninguna de las páginas que el abuelo dejó señaladas; lo abrí en la que comenzaba diciendo: «En un lugar de la Mancha [...]».